Luces de neón

Lucía Ramos Pérez

58

Iznájar, 2022

VICIOS OCULTOS

JOSÉ ANTONIO PALOMINO GORDO

57

—

2022

Vicios ocultos

Imprime: *Publicidad El Castillo*
C/ 9 de junio de 1910, 2
14970 IZNÁJAR (Córdoba)
Telf. y Fax: 957 53 47 19
imprentaelcastillo@gmail.com
www.publicidadelcastillo.com

Depósito legal: CO-746/2022

Miembros del Jurado
Segundo Premio de Relato Corto 2022
Categoría Absoluta
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

Juana Toledano Molina
Salvador Ferreira Porras
Irene Mateo Nieto
Susana Ramírez Garrido
Juanjo Campillos Cañas
Felipe Contreras Jaén

Todo ha terminado. Murió el ruido antes que la furia y no fui yo quien le dio muerte, no fue mi mano la que hurgó en sus entrañas ni mi aliento quien devolvió el fuego. *"De tu fuego me hiciste, y como auténtico hijo del fuego, te lo devuelvo en mi aliento"*. Muertos por fin el ruido y la furia, leo ahora algunas frases en una antigua novela que cuenta la historia de un viaje a la obsesión y la venganza. *"El camino de mi resolución tiene rieles de acero por los cuales corre mi alma"*. No, no fueron mi alma, ni mucho menos mi resolución, las que se cobraron la venganza que tanto deseé.

Con el ruido empezó mi viaje, que yo no emprendí, me embarcaron en él. Un

grito al otro lado de la pared, recién pintada de liso y puro blanco, así la quise yo y Javier no puso mayor objeción, tampoco a los suelos de madera ni a las molduras de escayola, todo lo dejó en mis manos. Llegamos a esta casa hace tres años, mi niño apenas tenía dos meses y yo quise para él más espacio y un barrio mejor. Aún lo amamantaba cuando nos instalamos, una familia y una historia tan común, tan ordinaria al fin, una pareja joven que alumbra a su primer hijo y encarga su primera mudanza. Me gustó la casa desde la primera visita, un chalé pareado en una coqueta y pequeña urbanización de diez viviendas, ciento veinte metros construidos y jardín, tres amplios dormitorios y apenas cinco años de antigüedad. También el precio se ajustó exactamente a lo que pretendíamos y me sorprendió la disposición a rebajarlo si era necesario, no lo era pero quién resiste la tentación de regatear y ganar; a la satisfacción del hogar soñado se sumó esa

pequeña victoria de la vanidad, yo vencí a mi vendedora. Si me refiero únicamente a nosotras dos es porque ellos, nuestros maridos, apenas intervinieron. Un matrimonio tan frecuente y vulgar como el nuestro, algo más jóvenes pero ya con dos críos, yo preferí retrasar la maternidad para ganar posición en el trabajo. A él, a mi vendedor, apenas lo vi en dos ocasiones fugaces, las imprescindibles, en la firma del contrato de arras y de la escritura, y en ambas se mostró nervioso y huidizo frente a la cordialidad y la simpatía de ella pero a quién le importaba tal discordancia en el trato de dos absolutos desconocidos que muy pronto volverían a serlo, no a mí desde luego, ni siquiera reparé en ello hasta que Javier, más bien divertido o curioso, me advirtió de su extraña actitud. Probablemente él no quería deshacerse de la casa, o mantenían entre ellos alguna disputa en los términos del acuerdo, nada de nuestra incumbencia. Jamás volví a verlos, de ellos solo me

quedó un libro olvidado en el altillo de un armario empotrado, un ejemplar gastado de una vieja novela clásica, la historia de un viaje a la obsesión y la venganza. Ni siquiera lo abrí ni lo hojeé entonces, también nosotros la teníamos, probablemente no hay hogar sin una edición de *Moby Dick*. Guardé el libro en mis estanterías, junto a mi propio ejemplar, supuse que si lo echaban de menos llamarían para reclamarlo pero nunca lo hicieron.

Javier trabajaba duro entonces, para ganar estabilidad y posición en su puesto pero también para compensar mi baja, que amplié hasta el año para dedicarme enteramente a mi niño y a mi casa. Aun tan pequeño me dejaba suficiente tiempo libre, me ocupé prácticamente de todo. Fueron aquellos días tranquilos, tal vez felices, empleados únicamente en mi hijo y en los detalles y caprichos para mi nuevo hogar, tan luminoso y amplio. Ni siquiera eché de menos demasiado a Javier, que entonces

viajaba muy a menudo, apenas tenía tiempo para vivir nuestra nueva vida, tan prometedora; en unos meses yo volvería a mi despacho y él podría entonces rebajar la intensidad para disfrutarla juntos, ese era el plan trazado. Me arrancó de mi sueño el llanto de mi niño, a mi lado en su cuna. Sus sensibles oídos advirtieron el grito detrás de la pared antes que yo misma y echó a llorar como nunca hasta entonces, siempre tan pacífico y dócil, también con él tuve mucha suerte. Las cuatro de la madrugada de un día laborable y el mismo silencio absoluto de los primeros diez días en la calle y en todas partes, pero aquel grito absurdo e intempestivo lo deshizo en pedazos; también ininteligible, era una voz de mujer sin duda pero qué decía, apenas dos palabras repetidas que no llegué a distinguir, no esa noche. Tampoco las de quien respondía a sus gritos con otros mayores, una voz de hombre aún más alta, destemplada e insensata a esas horas. Nadie vivía per-

manentemente en aquella casa del otro lado de mi pared, la única compartida porque el siguiente vecino más próximo en la urbanización estaba a más de cien metros. Así me lo aseguró mi vendedora, el chalé contiguo al mío era propiedad de una pareja todavía muy joven sin hijos que apenas habitaba la vivienda unos días al año, dos niños de papá que casi nunca visitaban nuestra aburrida capital de provincias. Y así tuve ocasión de comprobarlo durante esos primeros diez días, ni siquiera un tenue sonido detrás de aquella pared del fondo de mi dormitorio pero sí, también lo confirmé a la mañana siguiente cuando vi el coche, en la puerta de aquella vivienda hasta entonces vacía había un automóvil de alta gama, de auténtico lujo dijo Javier cuando lo vio días más tarde, yo nunca he sabido mucho de coches.

Los escuché muchos días antes de verlos por primera vez. Gritos, amenazas, insultos y reproches, bofetadas cruzadas,

golpes en el mobiliario, objetos rotos contra los suelos y la pared, su pared y la mía, todo eso escuché a cualquier hora de la madrugada durante cuatro noches interminables en las que mi niño no cesó de llorar ni yo dormí más de una hora seguida, breves treguas quizás para beber más o solo extenuados por la continua contienda. Cuatro noches sola con mi bebé, al lado de aquellos monstruos que al mismo tiempo irritaban e intimidaban, pero a pesar del pacto y el firme propósito de ocuparme de todo lo concerniente a nuestro hogar, no tuve coraje para hacer absolutamente nada ni tomar resolución alguna. Supongo, creo recordar, que en esos días me aferré a la razonable expectativa de que se tratase solo de un contratiempo fugaz, una casa habitada solo algunos días al año, así me lo aseguró mi vendedora y tuve yo ocasión de comprobar, pronto se marcharían de nuevo en aquel coche caro y tardarían quizás otro año en volver y entonces parecerían

tan corrientes y ordinarios como nosotros o nuestros vendedores. Sí, solo se trataría de una crisis de pareja tan aguda y brutal como pasajera, solo había que aguantar, aquellos días terribles jamás se repetirían.

Un viernes los vi por primera vez en su jardín, desde el balcón de mi dormitorio. Fumaban y bebían, sentados en una misma tumbona en silencio. No puedo saber si su aspecto me hubiese repugnado tanto de no haber conocido antes sus voces rabiosas y desquiciantes, de no haber sufrido tantos sobresaltos y zozobra a causa de ellas. Ella alzó la cabeza para mirarme sin siquiera saludar, fijó los ojos en mí sin verme, distraída quizás en los nuevos insultos y amenazas que proferiría y padecería esa noche o tal vez no, ni siquiera parecía angustiada o al menos inquieta como lo estaría cualquier mujer, cualquier persona que las noches anteriores y con seguridad dentro de apenas un rato se sumergiría otra vez en la locura con quien tenía al lado. Tampoco él,

más bien me parecieron aburridos, pensando tal vez con desgana qué cenar o dónde divertirse al día siguiente, aunque quizás aquellos descomunales escándalos nocturnos eran parte de la diversión o al menos de la rutina. Fumaban pasándose el cigarrillo sin decir una palabra, despreocupados, los rostros al sol y los cuerpos vertidos de cualquier modo sobre la tumbona, la viva estampa de la indolencia. Esa noche los insultos y las amenazas no fueron nuevos sino iguales a las anteriores, los mismos golpes en muebles y paredes, los mismos gritos atroces y despiadados consigo mismos y especialmente conmigo, me habían visto en el balcón con mi hijo de meses en brazos y aún antes tuvieron con seguridad mil signos de mi presencia que ignoraron por completo, ni mi bebé ni yo existíamos en absoluto ni en su apatía ni en su locura, que tal vez eran la misma cosa.

Todo fue en vano, los repetidos ruegos y después exigencias e incluso de-

safíos de Javier y yo misma, a todo respondían con indiferencia o vagas promesas de enmienda que jamás se cumplían. Más tarde las llamadas a la policía y las denuncias que de nada sirvieron; una y otra vez los amonestaban y advertían y llegaron a multarlos pero nada detenía el infierno de aquellas noches que en su inmensa mayoría pasé sola con mi hijo, Javier seguía casi todas las semanas ausente. Hubo una última visita de la policía, después nunca volví a llamarlos. No, jamás volvimos a llamar, ni a la policía ni a la puerta de mis vecinos. En aquella última ocasión, un agente me confirmó con crudeza lo que yo ya sospechaba y temía y sin embargo me negaba a creer: "Permítame hablarle con franqueza", me dijo. "Si le aseguraron que esa casa solo estaba habitada unos días al año, me temo que no le dijeron la verdad; supongo que usted hizo su visita en momentos propicios, bien escogidos, quizás unos días de vacaciones o cualquier otra ausencia, a

veces se marchan durante días o semanas. Llevo años con este asunto sobre mi mesa, créame que me gustaría ayudarles pero no está en mi mano. Ella jamás le ha denunciado por maltrato, ni él a ella, y así no tenemos modo de intervenir. Tendrán ustedes que esperar a que un juez los desaloje, y eso será largo, costoso y a larga improbable. Los anteriores propietarios de su vivienda lo intentaron durante tres años sin resultado, y sé que ellos tuvieron problemas aún más graves que los que ustedes tienen por ahora; si no recuerdo mal, uno de sus hijos enfermó gravemente y la señora, su vendedora, se obstinó en culparlos a ellos, al ruido y sus constantes disputas, de las dolencias del niño. Nada de eso les sirvió ante la justicia, finalmente hicieron lo que tal vez deban hacer ustedes: marcharse". Recuerdo que al terminar me pidió disculpas de nuevo por la franqueza, pero no sé si le disculpé o se lo agradecí, o siquiera si dije algo después de escuchar

aquello, probablemente cerré la puerta a aquel policía sin una palabra.

También recuerdo que aquellos días y noches posteriores, sumergida en la orgía de locura del otro lado de mi pared y en el llanto cada vez más frecuente, continuo y exasperado de mi niño, repasé una y mil veces las escrituras, busqué información en internet y consulté con especialistas sobre la posibilidad de revertir la venta, de alegar mala fe o engaño, pero nada de eso parecía posible. Me enfangué sin resultados en mil términos jurídicos como "cuerpo cierto" o "vicios ocultos" que no me condujeron a otro lugar que a la frustración, a la seguridad de que aquel policía había resumido perfectamente mi situación, mi condena y la única salida posible. No, quizás no fuese la única, había al menos otra a mi alcance y supongo que fue en el mismo instante en que pensé en ella, en que la consideré como legítima y aceptable, cuando comenzó mi viaje, que no ha ter-

minado y yo no emprendí, me embarcaron en él.

Pasé una noche tras otra en vela con el único consuelo de la fantasía, al principio solo fue eso, una quimera mil veces detallada en mi cabeza que me ayudaba a soportar la ansiedad del insomnio y las interminables madrugadas. No había forma de calmar a mi hijo, el llanto nervioso se le enquistó como a mí la furia y el odio; incluso en los escasos momentos de silencio o durante el día lloraba sin cesar y así pasaban para mí los días sin tregua, recuerdo que una tarde lo arranqué violentamente de su cuna y sacudí trastornada su cuerpecito entre mis manos, gritándole e incluso golpeándole hasta que por fin calló y yo creí haberlo matado, mi pobre niño, mi amor. Me senté desarmada en el suelo, abrazándolo, quise darle el pecho pero no salió una sola gota, solo mis lágrimas mojaron su carita y entonces se lo dije, “tú no enfermarás ni yo tampoco”, se lo juré mil

veces entre besos en su tierna frente y como una auténtica enajenada, cómo recuerdo aún ese momento, le conté mis fantasías al oído como si le cantase una nana: “ella, nuestra vecina, es más débil que él, no menos cruel ni aviesa pero sí más débil, será más fácil tomar nuestra justicia en su carne, no es más alta ni más fuerte que mamá y además es una mujer, la mujer, la víctima perfecta, sin duda y sin apenas preguntas le culparán a él, lo verás, mi amor, es nuestra única salida”.

Esa idea perversa fue tomando cuerpo en mis fantasías, que noche a noche dejaron de serlo para convertirse en pensamientos sólidos, y poco después en planes que por supuesto nunca compartí con Javier, a veces ni siquiera me atrevía a confesármelos abiertamente a mí misma, a aceptar lo inaceptable. Pero nunca dejé de rumiarlos en silencio y con cada noche, con cada uno de sus gritos salvajes, añadía un detalle más a mi obsesivo propósito, al

trazo del único camino, la única salida posible, ya no contemplaba otra y no me bastaba con el silencio, necesitaba también la calma y jamás llegaría sin venganza. Me habían engañado, me humillaron y me condenaron premeditada y alevosamente a vivir en el infierno, a romperme en mil pedazos y no perdonaría a quien lo hizo, no me bastaba con una, habían de ser las dos. Fue Javier quien me advirtió de nuevo, inocentemente, sobre la explicación a aquella extraña disparidad de talantes de nuestros vendedores, ahora tan diáfana. Ella, qué bien lo recordaba, fue cordial y atenta y sin embargo a él apenas lo vimos, siempre se mostró receloso, más que probablemente inseguro y abochornado por tender aquella trampa vil a una pareja feliz con un bebé. Quedaba absuelto a mis ojos, a mi locura, pero ella estaba firmemente condenada. Me sobraba tiempo, dinero y odio y la obsesión afiló mi determinación e incluso mi instinto. Sabría cómo hacerlo y salir in-

demne. Solo había que esperar la ocasión, “los momentos propicios, bien escogidos”, esas palabras había empleado aquel policía para describir la trampa en la que caí y ahora también me servían a mí para alcanzar mi silencio y mi calma. De mi vecina solo me separaba un muro entre jardín y jardín que fácilmente podría saltar, y después una puerta que desde el suyo me conduciría al interior de la casa y que tantas noches dejaban abierta en el caos de sus reyertas. No, ni siquiera sería necesario saltar ese muro: en algunas de esas noches, él salía de casa en mitad de la madrugada mientras ella le perseguía, ambos insultándose y golpeándose mutuamente hasta el coche aparcado en la calle, que él arrancaba para marcharse y volver una hora o dos después para continuar la pelea; ella regresaba entonces al interior tambaleándose, dejando abiertas todas las puertas, la cancela exterior y la de la vivienda. Una de esas noches, una de tantas

en que esa misma secuencia se repetiría, él regresaría y solo encontraría su cuerpo mil veces acuchillado, en el suelo o en la cama. Permanentemente intoxicado por el alcohol, las drogas y la ira, incluso él dudaría de haber sido quien empuñó el cuchillo antes de marcharse. Cómo no habían de creerlo Javier o la policía, nadie dudaría, por supuesto que no, estaba cantado que esto terminaría así, claro que sí, nadie se extrañaría ni objetaría nada, la loca había callado para siempre a manos del loco y él pasaría el resto de sus días encerrado, tal vez llorando por ella, ojalá, imaginar ese remate siniestro e irónico me procuraba un placer infinito. Llegado el silencio, buscaría la calma. La otra, mi simpática y afable vendedora, mi cruel carcelera. Sabía perfectamente su nombre y su nueva dirección, solo habría que esperar unos meses, los suficientes para que todos hubiesen olvidado a los locos ruidosos y nadie tuviese la tentación de conectar un suceso con el

otro. Un mal encuentro, un accidente, a cualquiera puede ocurrirle, me sobraría aún tiempo, dinero y odio para encontrar cómo hacerlo o a quien lo hiciera en mi nombre, os sorprenderíais de lo fácil que es hallar a esas personas y esas soluciones.

Fue una noche de junio. Javier, como de costumbre, estaba de viaje. Escuché la contienda mil veces repetida al otro lado de mi pared y luego vi desde mi ventana la escena, él zafándose de ella para alcanzar el coche y ella gritándole desde la cancela hasta agotarse. Ni siquiera regresó al interior en un primer momento, quedó tirada en la hierba del jardín, llorando y maldiciendo durante minutos que se me hicieron eternos, yo la quería dentro, la necesitaba en el interior de su casa. Regresó por fin casi arrastrándose, dejando como tantas otras veces todas las puertas abiertas, el camino franco para mi ira, para mi mano y mi cuchillo. Enseguida la escuché de nuevo al otro lado de mi pared, recitando sus

eternas imprecaciones entre llantos hasta agotarse del todo y quedar en silencio, una breve tregua de sueño hasta que él volviese y todo se reanudase. Era mi momento, el que había fantaseado y luego planeado un millón de veces hasta el último detalle; entrar, callarla para siempre y volver a mi casa, con mi niño, al fin la calma, así de fácil. Pero me temblaban las manos al embozarle en su cunita, lo besé en la frente y llegué a decirle "espérame, mamá vuelve enseguida" pero no me moví de su lado, me quedé sentada en la cama, meciendo su cuna, esperando un poco más y luego otro poco, mi resolución completamente quebrada, paralizada, cuánto me costó pasar de la fantasía al plan y ahora me preguntaba si realmente tenía valor para pasar del plan a su ejecución o es que nunca hubo tal plan, tal vez aquella idea jamás dejó de ser pura quimera, un pensamiento reconfortante y nada más, matarlas a ambas, qué riesgo y qué locura. La respiración

tranquila de mi niño fue mi freno y mi guía, mi espejo, jamás sería capaz. Qué cobarde me sentí meciendo su cuna pero también qué aliviada. Nos iríamos, nos marcharíamos sin más, Javier así lo quería, buscaríamos un momento propicio, engañaríamos a otros del mismo modo en que nosotros fuimos engañados , reanudaríamos nuestra vida en cualquier otra parte y ese largo año quedaría borrado para siempre, nada irreparable había sucedido ni tenía por qué suceder, no para nosotros.

Durante dos largas horas no hice otra cosa que mecer la cuna, completamente absorta en mi propia cobardía. No escuché nada más que mis propios pensamientos, mi renuncia a mi sueño y a mi locura. Solo me sacó de mi estupor el ruido del coche de vuelta. Ahí estaba otra vez él, continuaría la pelea entre ellos pero yo ya había desertado de mi propio combate, quizás ahora sí podría descansar incluso contra el ruido y la furia. Le oí entrar en la

casa llamándola a voces y subir la escalera a grandes zancadas insultándola, requiriéndola para reanudar la eterna reyerta. Pero ella no respondió. Le oí aullar de dolor, murmurar su nombre mil veces entre lamentos y un llanto feroz que me desconcertó y me acongojó. Él mismo llamó a la policía, escuché con toda claridad su voz rota al otro lado de la pared, jurando que la había encontrado en la cama, cosida a cuchilladas, encharcada en su propia sangre. Nadie le creyó, naturalmente.

Dos años después apenas ha iniciado su condena, pasará el resto de sus días en la cárcel. Nada he contado a nadie, ni siquiera a Javier ni por supuesto tampoco a la policía. Me limité a confirmar lo que todos sabían: estaba cantado que esto terminaría así. Claro que no, nadie se extrañó ni objetó nada, la loca había callado para siempre a manos del loco y al amanecer vi desde mi ventana cómo se los llevaban a los dos, a ella envuelta en un sudario negro

de plástico y a él esposado. Cuando por fin todo quedó en silencio, comprendí inmediatamente. Bajé al salón y busqué en los estantes el ejemplar de aquella vieja novela que mi vendedora, que vio enfermar a su hijo, dejó aquí abandonada y jamás reclamó. Había una página señalada y en ella leí unas líneas subrayadas, marcadas con dobles trazos: *"Venid, Ahab os presenta sus saludos; salid y ved si podéis desviarme. ¿Desviarme? No podéis desviarme sin desviaros a vosotros mismos. El camino de mi resolución tiene rieles de acero por los cuales corre mi alma. De tu fuego me hiciste, y como auténtico hijo del fuego, te lo devuelvo en mi aliento"*. Murió el ruido mucho antes que la furia y no fui yo quien le dio muerte, no fue mi mano la que hurgó en sus entrañas ni mi aliento quien devolvió el fuego.

CULTURA IZNÁJAR

PUBLICIDAD EL CASTILLO